

# EMMELINE



FUNDADORA  
DE LA  
**W.S.P.U.**  
1903

*Capitán Swing*

WOMEN'S  
SUFFRAGE

18  
58

19  
28

MI HISTORIA

# PANKHURST

# MI HISTORIA

EMMELINE PANKHURST

Prólogo y traducción de  
**Gloria Fortún**

*Capitán Swing* 



## Prólogo

Gloria Fortún

La autobiografía de Emmeline Pankhurst (1858-1928) es un testimonio en primera persona realizado por la líder de las *suffragettes*, pero también es un documento histórico y una justificación de la acción directa muy difícil de rebatir.

Pankhurst fundó la Unión Social y Política de las Mujeres en 1903. Pocos años después, el periódico *Daily Mail* se burlaría de las activistas de esta asociación llamándolas *suffragettes*, término que ellas adoptarían con orgullo para distinguirse de las demás sufragistas británicas, mucho más moderadas. Al contrario de lo que se cree, las *suffragettes* no eran un puñado de damas ricas con el activismo como pasatiempo. Las mujeres obreras desempeñaron un papel muy importante en el movimiento, siendo una de ellas, Annie Kenney, molinera desde los diez años de edad, una de sus militantes más destacadas. De hecho, Pankhurst nos cuenta cómo su labor de trabajadora social y registradora la llevó a ser testigo directo de las miserias sufridas por las mujeres pobres. Entonces se dio cuenta de que «el derecho al voto de las mujeres no solo

era un derecho, sino una necesidad desesperada», puesto que los políticos varones nunca habían hecho nada para ayudarlas. Claro que había damas privilegiadas entre las *suffragettes*, la propia Emmeline Pankhurst lo era. Pero también se contaban entre sus filas trabajadoras de toda índole, artistas, científicas, escritoras... La autora las va mencionando una a una en una labor de reconocimiento y genealogía feminista que convierte este libro en una primera fuente que lleva a quien lo lee a querer saber más sobre estas secundarias de lujo. En cualquier caso, Pankhurst no pretende gustarnos. Su testimonio nos la presenta como alguien que no desea ser agradable, esa es la primera imposición a las mujeres que ella se salta. Su causa es sagrada, la vida y la dignidad de las mujeres está en juego, las *suffragettes* son un ejército y ella su comandante. No hay más que hablar, y cualquier desviación del objetivo supone la ruptura con la asociación. Leeremos ejemplos de esto en la presente autobiografía.

Autobiografía que, como digo, es además un documento histórico imprescindible de la campaña política más radical del siglo xx. Escrito en vísperas de la Gran Guerra, Pankhurst aún desconoce cuándo podrán votar las mujeres, lo cual otorga a la narración un emocionante efecto de tiempo real. De la mano de su autora, sentimos la frustración ante la negativa del primer ministro Asquith de priorizar el sufragio femenino, nos llenamos de ira ante el constante desprecio de cualquier intento de siquiera formular la pregunta sobre el voto de las mujeres en la Cámara de los Comunes y vamos comprendiendo los motivos que llevan a las *suffragettes* a intensificar sus

campañas, que en sus inicios consisten en repartir panfletos en las ferias de los pueblos para terminar, justo antes de la Primera Guerra Mundial, incendiando casas de campo y haciendo estallar buzones.

Porque la autobiografía de Emmeline Pankhurst es también un manual de acción directa. Nada tendrían que envidiar las *suffragettes* a las feministas más osadas de la actualidad: se colaban en los mítines donde las mujeres tenían prohibida la entrada y gritaban sus reivindicaciones, acababan apaleadas en protestas callejeras, eran encarceladas y sometidas a la tortura de la alimentación forzada a causa de sus huelgas de hambre y sed, hacían escraches, lanzaban piedras a las ventanas de los edificios más emblemáticos, boicoteaban el correo y el turismo, quemaban mansiones y campos de golf... Pankhurst no se ahorra detalles al relatar el impresionante currículo de estas valientes y polémicas activistas. Estas mujeres extraordinarias que la historia ha ocultado tampoco pretenden gustarnos. Su lema era el siguiente: «Hechos, no palabras». Eso sí, jamás pusieron en riesgo vidas humanas que no fueran las suyas propias. Multitud de movimientos sociales posteriores se han inspirado en las *suffragettes*, a pesar de que no suele haber un reconocimiento de ello. Igual que sucedió en su tiempo, las mujeres con piedras en las manos y una causa por la que luchar siguen provocando, cuanto menos, desconcierto.

Pero Emmeline Pankhurst sabía que para las mujeres solo hay dos opciones: someterse o alzarse. Ella, desde luego, se alzó.



**MI  
HISTORIA**





## **Agradecimientos**

La autora desea expresar su profunda gratitud a Rheta Childe Dorr por sus inestimables servicios editoriales a lo largo de la preparación de este volumen, especialmente de la edición estadounidense.

## Introducción

Escribí los últimos párrafos de este libro a finales del verano de 1914, cuando los ejércitos de todas las naciones poderosas de Europa estaban siendo movilizados para una guerra salvaje, implacable y bárbara que pondría a unos en contra de los otros, en contra de pequeños y pacíficos países, en contra de mujeres y niños indefensos, en contra de la propia civilización. Qué insignificante, comparada con las noticias que aparecían a diario en los periódicos, resultará esta crónica de la lucha de las mujeres contra la injusticia política y social en un pequeño rincón de Europa. No obstante, no perdamos de vista el contexto en el que fue escrita, con la paz, la civilización y un gobierno de orden como trasfondo para un heroísmo del que rara vez ha sido testigo el mundo. El activismo de los hombres, a lo largo de los siglos, ha inundado el mundo de regueros de sangre, y por esas hazañas de horror y destrucción les han levantado monumentos y compuesto canciones y epopeyas. El activismo de las mujeres no ha dañado vida humana alguna, a excepción de las vidas de aquellas que lucharon en la batalla por la justicia. Solo el tiempo revelará cuál será la recompensa que recibirán las mujeres.

Esto es lo que sabemos, que en la hora oscura que se cierne sobre Europa, los hombres se están dirigiendo a sus mujeres para pedirles que lleven a cabo la tarea de mantener viva la civilización. En todos los campos, huertos y viñedos, las mujeres recogen los alimentos para los hombres que luchan, así como para los niños a los que la guerra deja huérfanos de padre. En las ciudades, las mujeres mantienen las tiendas abiertas, conducen camiones y tranvías, y atienden todo tipo de negocios.

Cuando lo que quede de los ejércitos regrese, cuando los hombres retomen el comercio europeo, ¿se olvidarán del papel que desempeñaron las mujeres con tanta nobleza? ¿Olvidarán en Inglaterra cómo mujeres de todas las clases sociales dejaron a un lado sus propios intereses y se organizaron no únicamente para cuidar a los heridos, hacerse cargo de los desamparados, consolar al enfermo y al solitario, sino en realidad para asegurar la existencia de la nación? Lo cierto es que a estas alturas hay pocos indicios de que el Gobierno inglés tenga en cuenta la desinteresada devoción manifestada por las mujeres. Por ahora todas las estrategias contra el desempleo diseñadas por el Gobierno están dirigidas al desempleo masculino. En algunos casos, les han dado incluso los trabajos de las mujeres, como por ejemplo la confección de ropa.

Ante los primeros ecos de guerra, las activistas declararon una tregua, recibida por el Gobierno con poco entusiasmo. Este anunció que liberaría a todas las sufragistas encarceladas que hicieran el juramento de «no cometer más crímenes ni atrocidades». Puesto que la tregua ya había sido declarada, ni una sola de las

sufragistas encarceladas se dignó a responder al llamamiento del ministro del Interior. Pocos días más tarde, sin duda influido por los argumentos proporcionados al Gobierno por hombres y mujeres de distintas ideologías políticas —muchos de los cuales nunca habían apoyado las tácticas revolucionarias—, el Sr. McKenna<sup>[1]</sup> anunció en la Cámara de los Comunes que era la intención del Gobierno liberar, en el plazo de unos pocos días y sin condiciones, a todas las sufragistas encarceladas. Así ha terminado, por el momento, la guerra de las mujeres contra los hombres. Las mujeres han vuelto a ser las afectuosas madres de los hombres, sus hermanas y abnegadas compañeras. El futuro queda muy lejos, pero sirva este prefacio y este volumen para garantizar que la lucha por la completa emancipación de las mujeres no ha sido abandonada; sencillamente se ha aplazado por un tiempo. Cuando el enfrentamiento armado llegue a su fin, cuando la sociedad normal, pacífica y racional retome sus funciones, volverán las reivindicaciones. Si no se atienden con rapidez, las mujeres tomarán una vez más las armas que hoy han depuesto con generosidad. No puede existir la paz real en el mundo hasta que la mujer, responsable a medias con los hombres de la procreación de la familia humana, obtenga la libertad en los asuntos políticos del mundo.

---

[1] Reginald McKenna fue ministro del Interior y ministro de Hacienda durante el Gobierno de H. H. Asquith, y primer ministro del Reino Unido por el Partido Liberal de 1908 a 1916. [*Todas las notas a pie de página son de la traductora salvo si se especifica lo contrario*].



LIBRO UNO

**LA FORJA DE  
UNA ACTIVISTA**



Afortunados aquellos hombres y mujeres que nacen en una época en la que se está llevando a cabo una gran lucha por la libertad humana. Es una suerte aún más grande tener padres que participen personalmente en los grandes movimientos de su tiempo. Me siento alegre y agradecida por el hecho de que ese fuera mi caso.

Uno de mis primeros recuerdos es el de un gran mercadillo que se organizaba en mi ciudad natal de Mánchester, cuyo propósito era recaudar dinero para mitigar la pobreza de los recién emancipados esclavos negros de Estados Unidos.<sup>[2]</sup> Mi madre tuvo una parte activa en este esfuerzo, y a mí, que era una cría, se me confió una bolsa con la que ayudaba a recolectar dinero.

A pesar de lo joven que era —no podía tener más de cinco años—,<sup>[3]</sup> conocía perfectamente el significado de las palabras esclavitud y emancipación. Desde mi más tierna infancia me había acostumbrado a presenciar debates a favor y en contra de la esclavitud y de la guerra civil estadounidense. A pesar de que finalmente el Gobierno británico decidió no reconocer la Confederación, la opinión pública en Inglaterra estaba muy dividida con respecto a

las cuestiones de la esclavitud y la secesión. En términos generales, las clases propietarias estaban a favor de la esclavitud, pero había muchas excepciones a la regla. La mayor parte de las personas que componían el círculo de amigos de nuestra familia estaban en contra de la esclavitud, y mi padre, Robert Goulden, fue siempre un ardiente abolicionista. Era lo suficientemente importante dentro del movimiento como para ser designado miembro del comité que dio la bienvenida a Henry Ward Beecher<sup>[4]</sup> cuando este vino a Inglaterra para una gira de conferencias. A mi madre le gustaba tanto la novela de Harriet Beecher Stowe, *La cabaña del tío Tom*, que la usaba continuamente como fuente de los cuentos con los que regalaba nuestros fascinados oídos al acostarnos. Aquellas historias que me contaban hace casi cincuenta años permanecen hoy en día tan vivas en mi mente como los acontecimientos detallados en la prensa de esta mañana. De hecho, son más vívidas, pues causaron una impresión más profunda en mi conciencia. Aún recuerdo con claridad la emoción que experimentaba cada vez que mi madre nos relataba la historia de la huida de Eliza hacia la libertad sobre el hielo quebrado del río Ohio, la agónica persecución y el rescate final a manos de un resuelto y viejo cuáquero. Otro relato apasionante era el de la huida del muchacho negro de la plantación de su cruel amo. El chico nunca había visto un tren, así que, cuando caminaba con torpeza por las vías y escuchó el rugido del ferrocarril que se acercaba, el repiqueteo de las ruedas se le antojó a su confundida imaginación como una voz que repetía una y otra vez las terribles palabras: «Atrapa a un negrata,



atrapa a un negrata, atrapa a un negrata». Esta era una historia terrible y, durante toda mi infancia, siempre que viajaba en tren, pensaba en aquel pobre esclavo huido que escapaba del monstruo que lo perseguía.

Estoy segura de que estas historias, junto con los mercadillos, los fondos benéficos y las suscripciones de las que tanto oía hablar, dejaron una huella permanente en mi cerebro y en mi carácter. Despertaron en mí dos clases de sensaciones que han estado siempre presentes a lo largo de mi vida: primero, de admiración por el espíritu de lucha y el sacrificio heroico, que son lo único que puede salvar el alma de la civilización; y, después, de aprecio por ese espíritu más dulce que se ve impelido a reparar las ruinas de la guerra.

No recuerdo una época en la que no supiera leer, ni ninguna época en la que la lectura no fuese una fuente de dicha y de consuelo. Desde que alcanzo a recordar he amado las historias, especialmente las de naturaleza romántica e idealista. *El progreso del peregrino* fue una de las primeras que se contó entre mis favoritas, además de otras aventuras visionarias de Bunyan que no son tan conocidas, como *La guerra santa*. A los nueve años descubrí la *Odisea*, y poco después otro clásico que ha sido durante toda mi vida una fuente de inspiración. Se trata de *La revolución francesa*, de Carlyle, que recibí con la misma emoción que experimentó Keats cuando leyó la traducción que hizo Chapman de Homero: «[...] como un observador de los cielos, cuando un nuevo planeta se desliza en su visión».

Nunca he perdido esa primera impresión, que ha afectado profundamente a mi actitud frente a los acontecimientos que tuvieron lugar durante mi infancia. Mánchester es una ciudad que ha sido testigo de muchos hechos excitantes, sobre todo de índole política. En términos generales, sus ciudadanos han sido liberales en sus opiniones y han defendido la libertad de expresión y de pensamiento. A finales de la década de los sesenta tuvo lugar en Mánchester uno de esos sucesos terribles que son la excepción que confirma la regla. Tuvo que ver con la revuelta feniana de Irlanda.<sup>[5]</sup> Durante unos disturbios fenianos, la policía arrestó a sus líderes. A estos hombres los llevaron a la cárcel en un carruaje policial. Por el camino, el carruaje fue asaltado en un intento de rescatar a los prisioneros. Un hombre disparó una pistola para romper la cerradura de la puerta del carruaje y, a resultas de ello, un agente cayó mortalmente herido y varios hombres fueron arrestados y condenados por asesinato. Recuerdo los disturbios con claridad, pues, aunque no fui testigo directo de ellos, mi hermano mayor me los relató con todo lujo de detalles. Yo había pasado la tarde con una amiguita, y mi hermano me había ido a recoger después de la hora del té. Mientras caminábamos en medio del crepúsculo de noviembre, me habló con entusiasmo de los disturbios, del disparo fatal y del agente asesinado. Casi podía ver al hombre sangrando en el suelo mientras la gente se movía y gritaba a su alrededor.

El resto de la historia revela una de esas terribles meteduras de pata que no son tan infrecuentes en la justicia. A pesar de que no se disparó a matar, los hombres

fueron juzgados por asesinato y tres de ellos condenados a la horca. Su ejecución, que tuvo en vilo a los ciudadanos de Mánchester, fue una de las últimas ejecuciones públicas, por no decir la última, que se permitió en la ciudad. Por aquel entonces yo estaba interna en un colegio cerca de Mánchester y pasaba los fines de semana en casa. Cierta tarde de sábado se me ha quedado grabada en la memoria, pues cuando regresaba a casa del colegio vi que una parte de los muros de la prisión había sido derribada y que en el enorme hueco que había quedado se veía el rastro de una horca que acababa de ser retirada. El horror me dejó paralizada, y me invadió la repentina convicción de que la horca era un error. Peor aún, un crimen. Fue mi despertar a uno de los hechos más terribles de la vida: que la justicia y la cordura habitan a veces mundos aparte.

Si relato este incidente ocurrido durante mis años formativos es para ilustrar el hecho de que las impresiones de la infancia con frecuencia tienen más que ver con la personalidad que con la herencia o la educación. También lo cuento para mostrar que mi proceso hasta llegar a ser una defensora del activismo estuvo muy relacionado con la empatía. Personalmente, no he sufrido las privaciones, la amargura y las penas que llevan a tantos hombres y mujeres a ser conscientes de las injusticias sociales. Mi infancia estuvo protegida por el amor y viví en un hogar acomodado. Sin embargo, siendo aún muy niña, comencé por instinto a sentir que algo fallaba, incluso en mi propia casa: cierta concepción falsa de las relaciones familiares, cierto ideal incompleto.

Ese sentimiento confuso fue transformándose en convicción cuando llegó el momento de mandarnos al colegio a mis hermanos y a mí. La educación de un muchacho inglés, tanto entonces como ahora, se consideraba un asunto mucho más serio que la educación de la hermana del muchacho inglés. Mis padres, sobre todo mi padre, hablaban de la cuestión de la educación de mis hermanos como un tema de suma importancia. Mi educación y la de mi hermana apenas se debatían. Por descontado, nos enviaron a una escuela femenina elegida cuidadosamente, pero más allá de asegurarse de que la directora fuera una dama y que el resto de las alumnas fueran niñas de mi misma clase social, no se preocuparon de mucho más. En aquella época, la educación de una niña tenía como objetivo principal el arte de «hacer que el hogar resultase agradable», supongo que para los parientes varones que entraban y salían. No lograba comprender el motivo por el que yo tenía la obligación de hacer que nuestro hogar resultase agradable para mis hermanos. Nos llevábamos muy bien, pero a ellos nunca se les sugirió siquiera que tuvieran el deber de hacer que nuestra casa me resultase agradable a mí. ¿Por qué no? Nadie parecía saberlo.

La respuesta a estas desconcertantes preguntas me llegó de forma inesperada durante una noche en que estaba tumbada en mi pequeña cama, aguardando a quedarme dormida. Era costumbre de mi padre y de mi madre hacer la ronda por nuestras habitaciones antes de irse ellos mismos a la cama. Cuando entraron en mi habitación aquella noche yo seguía despierta, pero por alguna razón

decidí fingir que dormía. Mi padre se inclinó sobre mí, protegiéndome con su gran mano de la llama de su vela. Desconozco en qué pensaba exactamente mientras me contemplaba, pero le escuché decir, con cierta tristeza: «¡Qué lástima que no sea un chico!».

Mi primer acalorado impulso fue incorporarme y protestar diciendo que no quería ser un chico, pero continué tumbada e inmóvil hasta escuchar cómo los pasos de mis padres se alejaban hacia la habitación de otro de sus hijos. Estuve pensando en el comentario de mi padre durante muchos días, pero creo que nunca lamenté pertenecer a mi sexo. No obstante, me quedó claro que los hombres se consideraban a sí mismos superiores a las mujeres y que al parecer las mujeres aceptaban tal creencia.

Esta visión de las cosas me resultó difícil de reconciliar con el hecho de que tanto mi padre como mi madre defendieran el sufragio igualitario. Era aún muy joven cuando se aprobó el Acta de Reforma de 1866,<sup>[6]</sup> pero recuerdo muy bien la agitación provocada por las circunstancias que rodearon este acontecimiento. Esta acta de reforma, conocida como Proyecto de Ley Electoral Doméstico, supuso la primera extensión popular del voto en Inglaterra desde 1832. Bajo sus términos, los cabezas de familia que pagasen un mínimo de diez libras anuales de alquiler tenían derecho a voto en la elección del Parlamento. Mientras se debatía esta medida en la Cámara de los Comunes, John Stuart Mill<sup>[7]</sup> propuso una enmienda al proyecto de ley para incluir a las mujeres que fuesen cabezas de familia, al igual que los hombres. La enmienda

no salió adelante, pero en la ley que se aprobó se utilizó la palabra «hombre», en lugar de la expresión habitual: «persona masculina». En otra ley parlamentaria se había decidido anteriormente que la palabra «hombre» siempre incluía a la «mujer», a no ser que se dijera específicamente lo contrario. Por ejemplo, ciertas leyes que contienen cláusulas de pago de impuestos están escritas con el nombre y el pronombre masculinos, pero, además de a los hombres, deben aplicarse también a las mujeres que pagan impuestos. Por tanto, cuando el proyecto de reforma se convirtió en una ley, muchas mujeres creyeron que les había sido concedido el derecho al voto. Se generó un encendido debate por todas partes y el asunto fue puesto a prueba por un montón de mujeres que trataron de registrarse como votantes. En mi ciudad de Mánchester, 3.924 mujeres de un total de 4.215 posibles votantes femeninas reclamaron su voto, reivindicación que defendieron eminentes abogados en los tribunales, entre ellos mi futuro marido, el Dr. Pankhurst. Ni que decir tiene que la reivindicación de las mujeres no prosperó, pero esta agitación propició un fortalecimiento del activismo por el sufragio femenino que se extendió por todo el país.

Yo era demasiado joven para comprender la naturaleza exacta del asunto, pero compartía la excitación general. Como leía los periódicos en voz alta a mi padre, había desarrollado un interés genuino por la política, y aquel proyecto de reforma de ley se le antojó a mi joven inteligencia como algo que iba a ser extraordinariamente beneficioso para el país. Las primeras elecciones después de que el proyecto se convirtiera en ley fueron,

naturalmente, una ocasión memorable. Resultaron importantes para mí sobre todo porque eran las primeras en las que participaba. A mi hermana y a mí nos acababan de regalar vestidos de invierno de color verde, similares entre sí, tal y como era costumbre entre las familias británicas acomodadas. Por aquella época, todas las niñas llevábamos enaguas de franela de color rojo, por lo que cuando nos pusimos nuestros vestidos por primera vez me chocó el hecho de que fuésemos de rojo y verde, los colores del Partido Liberal. Como nuestro padre era liberal, dábamos por supuesto que el Partido Liberal tenía que triunfar en las elecciones, por lo que elaboré un plan para ayudar a que esto sucediera. Con mi pequeña hermana trotando detrás de mí, caminé casi kilómetro y medio hasta el centro electoral más cercano. Resultó estar en un barrio industrial bastante problemático, pero no nos dimos cuenta. Al llegar, las dos nos recogimos las faldas verdes para mostrar nuestras enaguas escarlatas y, creyéndonos muy importantes, desfilamos ante la muchedumbre reunida para promocionar el voto liberal. De este escarceo con la fama nos apartó la encolerizada autoridad en forma de niñera. Creo que como castigo nos mandaron a la cama, pero esto no lo tengo claro del todo.

La primera vez que asistí a una asamblea electoral fue cuando tenía catorce años. Un día, al regresar del colegio, descubrí a mi madre preparándose para una asamblea, por lo que le rogué que me llevase con ella. Accedió, y yo, sin detenerme a dejar mis libros, corrí detrás de ella. Los discursos me emocionaron y me resultaron tremendamente interesantes, especialmente el que dio Lydia Becker, que

era la Susan B. Anthony<sup>[8]</sup> del movimiento inglés, un personaje magnífico y una oradora de gran elocuencia. Era la secretaria del comité de Mánchester y yo la admiraba porque era la editora del *Periódico del Sufragio Femenino*, que mi madre recibía en casa cada semana. Cuando me marché de la asamblea me había convertido en una sufragista consciente y convencida.

Supongo que de forma inconsciente siempre había sido sufragista. Con mi carácter y mis influencias difícilmente podría haber sido de otra forma. El movimiento estaba muy vivo a principios de la década de los setenta, sobre todo en Mánchester, donde lo lideraban un grupo de hombres y mujeres extraordinarios. Entre ellos estaban el Sr. y la Sra. Bright, siempre listos para luchar por la causa. El Sr. Jacob Bright, hermano de John Bright,<sup>[9]</sup> fue durante muchos años miembro del Parlamento por Mánchester, y hasta el día de su muerte apoyó activamente el sufragio femenino. Además de la Srta. Becker, dos mujeres especialmente calificadas formaban parte del comité. Se trataba de la Sra. Alice Cliff Scatcherd y de la Srta. Wolstenholme, ahora la venerable Sra. Wolstenholme-Elmy. Uno de los principales fundadores del comité era el hombre cuya esposa, años después, estaba yo destinada a ser, el Dr. Richard Marsden Pankhurst.

A los quince años me fui a París, donde ingresé como alumna en una de las instituciones pioneras en Europa en lo referente a educación superior femenina. Esta escuela, entre cuyas fundadoras estaba Madame Edmond Adam, que era y aún es una distinguida figura literaria, estaba situada en una bella y antigua casa de la Avenue de Neuilly.



La dirigía Mlle. Marchef-Girard, una mujer importante en el ámbito educativo que posteriormente fue designada inspectora gubernamental de los colegios de Francia. Mlle. Marchef-Girard creía que la educación de las chicas debía ser tan exhaustiva como la educación que los chicos estaban recibiendo por aquella época, e incluso más práctica. En sus clases incluía la química y otras ciencias, y además de bordado se aseguraba de que las chicas aprendiesen contabilidad. Muchas otras ideas avanzadas predominaban en esta escuela, y la disciplina moral que las alumnas recibían era, en mi opinión, tan valiosa como la formación intelectual. Mlle. Marchef-Girard sostenía que las mujeres debían aprender los más altos ideales del honor. Sus alumnas se regían por los más estrictos principios de honestidad y justicia. En cuanto a mí, gozaba de su comprensión y de una confianza implícita que jamás hubiera podido traicionar, incluso si hubiera sentido por ella un cariño menos verdadero.

Mi compañera de habitación en esta encantadora escuela era una joven de mi edad realmente interesante, Noemie Rochefort, hija de Henri Rochefort, gran comunista, periodista y espadachín. Esto fue poco después de la guerra franco-prusiana, por lo que los recuerdos de la caída del Imperio y de la sangrienta y desastrosa Comuna estaban aún muy vivos en París. De hecho, el ilustre progenitor de mi compañera de habitación y muchos otros estaban exiliados en Nueva Caledonia por haber formado parte de la Comuna. Mi amiga Noemie experimentaba una desgarradora preocupación hacia su padre. Hablaba de él constantemente, así que pude escuchar muchos relatos que

te helaban la sangre. Henri Rochefort fue, de hecho, una de las almas del movimiento republicano de Francia, y tras su increíble huida de Nueva Caledonia en una simple barca, corrió durante muchos años todo tipo de aventuras políticas de lo más emocionantes y pintorescas. Su hija y yo continuamos siendo buenas amigas durante muchos años después de que terminasen nuestros días escolares, y mi vínculo con ella fortaleció todas las ideas liberales que ya había adquirido previamente.

Tenía unos dieciocho o diecinueve años cuando por fin regresé de la escuela de París y ocupé mi lugar en la casa de mi padre como una joven dama de educación completa. Simpatiqué y trabajé para el movimiento del sufragio femenino y acabé conociendo al Dr. Pankhurst, cuya implicación en la causa del voto de las mujeres nunca había disminuido. Fue el Dr. Pankhurst quien redactó el primer boceto del proyecto de ley por el derecho al voto, conocido como Proyecto de Ley por la Eliminación de la Incapacidad de las Mujeres, el cual fue introducido en la Cámara de los Comunes en 1870 de la mano del Sr. Jacob Bright. El proyecto de ley pasó a una segunda lectura por una mayoría de treinta y tres votos, pero fracasó en el comité debido a las perentorias órdenes del Sr. Gladstone.<sup>[10]</sup> Como ya he dicho, el Dr. Pankhurst, junto con otro distinguido abogado, lord Coleridge, trabajó para las mujeres de Mánchester, quienes trataron de registrarse como votantes en 1868. También redactó el proyecto de ley que otorgaba a las mujeres casadas un control total sobre su propiedad y sus ingresos, proyecto que se convirtió en ley en 1882.

Me casé con el Dr. Pankhurst en 1879.

Creo que no podemos estar lo suficientemente agradecidas a este grupo de hombres y mujeres que, como el Dr. Pankhurst, arriesgaron en aquellos primeros días su reputación en nombre de un movimiento sufragista que aún era muy joven y deslavazado. Estos hombres no aguardaron a que el movimiento cobrase popularidad, ni mostraron sus dudas cuando aún no estaba claro que las mujeres se alzarían en una revuelta. Trabajaron durante toda su vida con aquellos que se organizaban, formaban y preparaban para la revuelta que estaba por llegar. No cabe duda de que estos hombres pioneros sufrieron a causa de su visión feminista. Algunos de ellos sufrieron económicamente, otros políticamente. Sin embargo, nunca flaquearon.

Mi vida matrimonial duró diecinueve felices años. He escuchado con frecuencia la sandez de que las sufragistas son mujeres incapaces de dar una salida normal a sus emociones, por lo que son seres amargados e inundados de decepción. Es bastante probable que esto no sea cierto para ninguna sufragista, y desde luego no lo es en mi caso. Mi vida familiar y mis relaciones han sido tan ideales como resulta posible en este mundo imperfecto. Un año después de casarme nació mi hija Christabel, y tras dieciocho meses le tocó el turno a mi segunda hija, Sylvia. Después llegaron un niño y otra niña, y durante algunos años me sumergí plenamente en los asuntos del hogar.

En cualquier caso, nunca estuve tan centrada en las tareas del hogar ni en mis hijos como para perder el interés en los asuntos de la comunidad. El Dr. Pankhurst no deseaba que me convirtiera en una máquina doméstica.

Creía firmemente que tanto la sociedad como la familia necesitan de los servicios de las mujeres. Así que mientras mis hijos aún estaban en sus cunas, yo formaba parte del comité ejecutivo de la Sociedad por el Sufragio Femenino, así como de la junta ejecutiva del comité que trabajaba a favor de la Ley de Propiedad de las Mujeres Casadas. Cuando esta ley se aprobó en 1882, me volqué en el trabajo sufragista con energías renovadas. Se estaba debatiendo una nueva Acta de Reforma conocida como Proyecto de Ley Condal del Sufragio, cuyo propósito era extender el derecho de voto a los granjeros, y creíamos que todos esos años de trabajo propagandístico-educativo habían preparado el país para apoyar nuestra reivindicación de una enmienda al proyecto de ley a favor del sufragio femenino. Durante varios años habíamos celebrado las más espléndidas reuniones en ciudades de todo el país. Las multitudes, el entusiasmo, la generosa respuesta a nuestras peticiones de apoyo, todo esto parecía justificar nuestra creencia de que el sufragio femenino estaba cerca. De hecho, en 1884, cuando se presentó la Ley Condal del Sufragio, teníamos una mayoría real a favor del sufragio en la Cámara de los Comunes.

Sin embargo, una mayoría favorable en la Cámara de los Comunes de ningún modo garantiza el éxito de una medida. Explicaré esto detenidamente cuando analice nuestro trabajo de oposición a los candidatos que se habían declarado sufragistas, una actitud que provocó gran desconcierto en nuestras amigas estadounidenses. El Partido Liberal estaba en el poder en 1884, cuando enviamos un extenso memorando al primer ministro, el

honorable William E. Gladstone, exigiendo que se incluyera una enmienda a favor del voto de las mujeres en la Ley Condal del Sufragio para la libre e imparcial consideración de la Cámara. El Sr. Gladstone lo rechazó de forma contundente, declarando que, si se llevaba a cabo una enmienda a favor del sufragio femenino, el Gobierno renunciaría al proyecto de ley. Aun así, presentamos la enmienda, pero el Sr. Gladstone no permitió que se debatiera con libertad y ordenó a los miembros liberales que votasen en contra. Enviaron lo que llamamos un *whip* para asegurarse de que los miembros del partido estuvieran presentes a cierta hora para votar en contra de la enmienda de las mujeres. Sin caer en el desaliento, las mujeres trataron de introducir un proyecto de ley de sufragio que fuera independiente, pero el señor Gladstone organizó los temas parlamentarios de tal modo que dicho proyecto de ley no pudo siquiera ser debatido.

No pretendo escribir una historia del movimiento por el sufragio femenino anterior a 1903, fecha en que se organizó la Unión Social y Política de las Mujeres. Dicha historia está plagada de relatos repetitivos como el que acabo de contar. Gladstone fue un enemigo implacable del derecho al voto de las mujeres. Creía que el trabajo y la política de las mujeres debían estar al servicio de los partidos de los hombres. Uno de los actos más maquiavélicos de la carrera del Sr. Gladstone fue su boicot a la organización sufragista inglesa. Logró tal cosa mediante su sustitución «por algo igual de bueno», siendo ese algo las Asociaciones de Mujeres Liberales. Estas nacieron en Bristol en 1881 y se extendieron rápidamente

por todo el país, transformándose en 1887 en la Federación Nacional de Mujeres Liberales. La promesa de la Federación era que, si las mujeres se aliaban con los hombres en las cuestiones políticas, pronto conseguirían el derecho al voto. La avidez con la que las mujeres se tragaron esta promesa, dejando de luchar por sus intereses y centrándose en los de los hombres, fue sorprendente.

La Federación de Mujeres Liberales es una organización de mujeres que creen en los principios del Partido Liberal (la Liga de la Primavera, algo más antigua, es una institución similar de mujeres adscritas a los principios del Partido Conservador). Ninguna de estas dos entidades tiene como objetivo el derecho al voto de las mujeres. Fueron creadas para defender las ideas de sus partidos y trabajar para sus candidatos electorales.

Me cuentan que recientemente las mujeres de Estados Unidos se han aliado con partidos políticos creyendo, tal y como lo hicimos nosotras, que al hacer tal cosa reducirán la oposición al sufragio al demostrar a los hombres que las mujeres poseen habilidades políticas y que la política es un trabajo de mujeres igual que de hombres. Que no se engañen. Puedo asegurar a las mujeres estadounidenses que nuestra longeva alianza con los grandes partidos, nuestra devoción por sus programas políticos y nuestra dedicación durante las elecciones, nunca han servido para avanzar un solo paso en la cuestión del sufragio. Los hombres aceptaron los servicios de las mujeres, pero nunca ofrecieron ningún tipo de recompensa.

En lo que a mí respecta, jamás me engañé con falsas esperanzas. Estuve presente cuando nació la Federación de